

Emilio Luis Lara López

1995

7

Al principio, naufragué en un mar de los Sargazos de dudas, porque no sabía si sería capaz de hablar como vosotros os merecéis de la romería de Santa Catalina, de una cofradía de gloria, de la patrona de Jaén junto a la Virgen de la Capilla. Yo estoy habituado a vivir entre dulces borrascas de incienso, entre espesos bosques de cirios alumbrando la Pasión del Señor, entre apretadas piñas de claveles adornando troncos de Semana Santa. Yo, soy un nazareno de paisano acostumbrado a llevar sobre la testa el ciprés acartonado del capirote, a revestirse con el blancor de la túnica y la negritud del caperuz de la Buena Muerte. Desde que nací me enseñaron a rezarle al Señor crucificado y a la Virgen llorosa. Por eso, un reconcomio me perseguía como una sombra acechante. Pero no, tampoco iba tan descaminado, a fin de cuentas, nada jaenés me es ajeno, y al estilo de las gentes antiguas, gusto de cumplir con las tradiciones para conformar la memoria colectiva de nuestra ciudad. Además, estudié en los parajes más bellos de Jaén, divisando horizontes de montes violáceos y treboladas lomas de olivares, empapuzándome del habla jaenciana y de un apego telúrico a las culturas que forjaron Jaén.

Mi colegio caía cerca del Jardín del Obispo, y el Olimpo de Jabalcuz, se me aparecía como la guarida de los cíclopes que custodiaban impertérritos los mitos jaeneros. Mi instituto fue el mixto del Seminario, un austero edificio herreriano, de inspiración escurialense, con un claustro salpicado de naranjos cuyos rugosos frutos dulzainas dejaban en la boca un regusto edénico, a árbol de la Ciencia, y que mordíamos para atajar el sabor a cardenillo que tenían las tenidas temporadas de exámenes. Y en el centro del claustro, se erguía una estatua de la Inmaculada Concepción patinada de gris, pareciendo que hubiese recibido antes culto en países célticos. En sus aulas de altos techos y luz amasada con briznas doradas, Juan Cózar, el sacerdote y profesor de literatura, me descubrió, en sus lecturas de timbre de locutor radiofónico, el honesto mundo de Miguel Delibes. El escritor vallisoletano y el mindoniense Álvaro Cunquero, serían desde entonces mi argamasa intelectual y la tinta de mi estilográfica.

A un tiro de piedra del Seminario, en San Pedro Pascual, los alumnos oíamos misa, y allí, en un rincón del altar mayor, moraba la imagen de Santa Catalina, con la palma símbolo del martirio, con la espada y la rueda dentada, como si hubieran puesto a sus pies el timón de un barco a vapor. La talla de la santa, patrona del conocimiento y amante de la filosofía, iba guiando, sin yo saberlo aún, los pasos de mis estudios de Letras. Santa Catalina, de familia patricia, nació en Egipto, en la ciudad helenística de Alejandría, la polis que fundara el gran Alejandro Magno. El poeta árabe Amin Maalouf, en *Los jardines de la luz*, escribió: *El tiempo no es más que un tonel donde fermentan los mitos, el de Alejandro más que cualquier otro, y sobre todo en Mesopotamia. Esta tierra lo había sepultado joven y joven lo había conservado, como un eterno novio sin arrugas, y el número de sus años, treinta y tres, había permanecido como la edad de la inmortalidad.* Igualmente, Cristo, fue crucificado con treinta y tres años, la perfecta edad de plenitud de los hombres según los filósofos de la antigüedad. Y algo del saber alejandrino heredó Jaén, tierra de héroes, poetas y santos.

Noviembre en Jaén, tiempo de mesa canilla. Los cielos y el aire cobran un alquímico color gris plomizo, de flores metálicas; los nubarrones panzaburros copan las alturas descargando su aguacero dilúvico y las bóvedas vaídas de los paraguas florecen de nuevo. Vuelven los primerizos fríos y el ventarrón; las zamarras y chambergos son rescañados de los armarios empotrados. Las negras y volanderas bandadas de grajas pían histéricas

en el que, como buñuelos quemados y tostados de *Flor y nata*, las mariposas alumbran con temblores el recuerdo de los que ya se fueron. En los camposantos brota una efímera primavera de crisantemos y claveles para alimentar la memoria. En las iglesias, junto a las capillas, las velas de los lampadarios, muy frioleras, hacen guiños apagándose y encendiéndose, notando delgadas corrientes de viento. El otoño se cierne a pasos agigantados sobre la ciudad y las hojas de los plataneros del Paseo de la Estación, al caer en su ballet inmolado, forman montones marrones que exhalan un acre olor a bosque. La lluvia, en la calle Salsipuedes, diluye un colache de tiza; y en la iglesia de San Ildefonso, cobra sentido pleno el apabullante retablo de ánimas del purgatorio, con la efigie barbada de Dios Padre en el vértice y un arcángel tocado con yelmo medieval que envía angelitos para rescatar los espíritus que se abrasan en el averno, como en unas sempiternas lumbres de San Antón de tirajillos, troncones y monigotes empalados en un paliposte. Ese retablo barroco condensa el pensar y sentir de una época -los siglos XVII y XVIII- que se hace presente en Jaén cada Noviembre. Porque en nuestra ciudad, y para notar eso sólo hay que mantener tensos y avizorantes los sentidos y la mente, siguen palpitando los jaenes de los siglos pasados hasta formar un tiempo sin tiempo.

Jaén árabe: Yayyan, tu nombre, recitado despacio, sabe a yema de Santa Úrsula. Aljama judía, con callejones apretados como un pan ázimo. Jaén cristiano, tu nombre, pronunciado lento, tiene la elegancia de un flamenco posado en la laguna. Ciudad conformada por árabes, judíos y cristianos, crisol de civilizaciones aún latentes en sus calles y habitantes. Jaén de todos, sin exclusiones, ciudad de la concordia que desde el castillo parece mirada a través de una fastuosa vidriera de la catedral.

Yayyan, paraíso udrí de poetas y literatos, medina árabe en la que el rumor plateado de las fuentes sosegaba los patios, los baños y las mezquitas. En Yayyan nació hace 1200 años al-Gazal, un poeta que fue embajador del emir Abderrahmán II ante los normandos y el emperador bizantino. Al-Gazal fue desterrado a Iraq, y en Bagdad, en una tertulia literaria, oyó hablar despectivamente de los poetas andaluces, y él, como un rayo, se puso a recitar unos célebres versos que todos achacaron a un autor nacido en Irán, y al-Gazal dijo: *no, este poema lo ha escrito uno de Jaén*. Lleno de nostalgia, al-Gazal regresó a Yayyan para morir en el año 864, poetizando acerca del color del vino de esta tierra, la misma coloración del sol en su ocaso desde el mirador de la Alameda de Capuchinos. El mismo tono azafranado que casi palpamos cada atardecer en la plaza Santa Luisa de Marillac, la de los baños árabes, la de los ailantos -los árboles del cielo-, donde la fuente del pato vierte agónicamente agua por el pico zafándose de la mordedura de la bicha.

Yayyan en las calles Positillo, Elvín y de la Alegría, en la plaza de la Magdalena, iluminada por la luna en cuarto creciente y menguante, la de la oscura, misteriosa y cavernosa guarida del lagarto que reyentó como un ziquitruque, la del enladrillado alminar de la mezquita desde donde, el almuédano, con las manos haciendo bocina, llamaba a oración los viernes recitando aleyas coránicas. El viernes es el día sagrado para los musulmanes, en él se recuerda que Dios es el más justo y grande, el único verdadero. En el patio de la iglesia de la Magdalena, el estanque, casi una acequia, es un calmoso reducto árabe. Desde sus arcadas se contempla el alcazar de Santa Catalina enhiesto en la espina dorsal del cerro. En este patio de memoria quieta, tocando la fría aspereza de las columnas, oliendo a jazmín y oyendo chilanquear a los peces cinabrios en el estanque, Yayyan continúa siendo una princesa de ojos de gacela perfilados en negro. Aquí vendría muchas veces Ibn Faray al-yayyani, Ben Farach el fiennense, el mejor poeta del mundo de

su tiempo y que murió preso en una torre hace mil doscientos veintiocho años. Ibn Faray, un enamorado de Jaén, escribió *El libro de los huertos*, el primer libro de resonancia mundial concebido en España, unos poemas que, siguiendo la ruta de las caravanas, se recitaban de memoria desde Córdoba al Próximo Oriente. En *El libro de los huertos*, se cantaban con ardor los rincones de Jaén, sus jardines románticos, de esta manera:

*A menudo una granada vestida de nácar rojo  
viene a tu encuentro cuando está llena de perlas.  
Tú la abres, entonces, como si fuera una caja  
elegante que encierra corales rojos,  
o tal vez pulpa parecida a la boca de la bienamada.*

Ibn Faray, un místico de literatura emparentada con la de San Juan de la Cruz, amaba las noches de Yayyan, oliendo al mirto y al arrayán, y escribía:

*Libre de velos apareció en la noche,  
iluminando con su claridad las sombras nocturnas.  
(Cuanta felicidad para un corazón enamorado!  
Jardín es mi amante donde un hombre como yo  
sólo goza viendo y oliendo.  
Pues no soy yo bestia salvaje que toma como  
pasto los jardines.*

La festividad de Santa Catalina sigue manteniendo incólume aquellas sensaciones del Yayyan árabe: los olores balsámicos de la savia de los pinares, el viento de acerico que trae remolón aromas de las campiñas y serranías lejanas, el incienso quemado como ofrenda sagrada, pues los árabes prendían pocillos de resina de incienso en sus casas para honrar la visita de las amistades. Yayyan sigue viéndose en el porte elegantón de las palmeras agitando en el viento, con su bamboleo oriental de siesta descabezada en una mecedora; o en el sabor mielado de los dátiles, en los arcos de herradura y en los mercadillos, que no son sino un zoco que va cambiando de sitio. Yayyan pervive en el aroma blancuzco de los naranjos, en el embriagante azahar de la plazoleta de San Bartolomé, en el embrujo calmado de sus fuentes y en los anocheceres desde Septiembre a principios de Noviembre, cuando el aire es de terciopelo y de la seda de los velos agarenos.

Jaén judío, ciudad bíblica de la estirpe de David, Jaén sefardita. El cerro de Santa Catalina, en su vertiente pelada de pinos, la de afilada roca cortada a machetazos, cuando mueren las tardes, se ilumina con una luz dorada, como la lámina miniada de un misal mozárabe. Esa ladera del monte, duchada por la luz del sol vespertino, parece trenzada con huevo hilado, estofada a manos llenas con el pan de oro de los tronos de Semana Santa. Esa cara del cerro, para decirlo por derecho, recuerda a Jerusalén, y el castillo, al templo de Salomón. Los judíos llamaban *sekinah*, aura de gloria, a la luz del primer día de la Creación del mundo, y esa luz es la que desprende el monte de Santa Catalina al declinar la tarde, *Jerusalén entre olivos*, como poetizara bellamente Ramón Guixa en una misteriosa intuición. Y en la Biblia, el profeta Jeremías (11, 16) dirá: *olivo verde y hermoso, de magníficos frutos, te ha puesto Yahvé por nombre.*

La sinagoga mayor del barrio judío, en la calle Santa Cruz, quedó absorbida a finales del siglo XV por el monasterio de Santa Clara. La judería biennense estaba en ese dedalo de callejuelas empinadas y estrechas, con la estrella de David en las puertas, la misma que siguen manteniendo algunas

la Estrella. En el barrio de Santa Cruz, los judíos jaeneros, en la Pascua, celebraban el *Seder de Pessaj*, conmemorando la salida de Egipto. En esa fiesta, acordándose de Moisés, el más pequeño de los reunidos ante la mesa preguntaba ritualmente al hombre de más edad: *¿por qué esta noche es diferente de las otras noches?*, y se le respondía leyendo los pasajes de la salida de Egipto y las palabras de Yahvé: *Yo os sacaré fuera, yo os salvaré, yo os redimiré, yo haré de vosotros mi pueblo*. El salmo 137 del Canto de los hijos exiliados de Israel se cantaba diciendo:

*Si alguna vez te olvidase, Jerusalén,  
que me falle la diestra;  
se me pegue la lengua al paladar  
si no te recuerdo,  
si no ensalzo a Jerusalén -  
por encima de mi alegre canción.*

Los judíos, al acostarse, se daban las buenas noches pronunciando *hasta mañana en Jerusalén*, recordando que su meta era volver a la ciudad santa. Y los sefarditas jaeneros, en su exilio, se daban las buenas noches diciendo *hasta mañana en Jaén*; ellos aún mantienen como oro en paño las llaves de los portales del barrio de Santa Cruz, por si alguna vez retornan a la ciudad y toman posesión de las casas que fueron de los abuelos de sus abuelos, para quitarles la herrumbre de los cerrojos y aceitar las cerraduras de las cancelas. Esos sefarditas jienenses tienen nostalgia de una ciudad en la que nunca vivieron y aman una luz que nunca vieron, pero tanto y tan bien les habrán contado generación tras generación cómo era Jaén, que seguro se saben al dedillo el paseo que harían desde la plaza de Santa María hasta el Arrabalejo, desde la Carrera hasta la Alcantarilla, y que su barrio de Santa Cruz sigue siendo un principado de la luna oloroso a pan de tahona y al reciente enlucido de las casas.

~~En el año 915 nace en Jaén Hasday ibn Saprut, un judío providencial para la comunidad hebrea y el hombre que más universalizó Jaén en su tiempo. Fue médico, farmacéutico, diplomático, financiero, estadista y un enorme intelectual. Como ministro del califa cordobés Abderrahmán III, logró que el rey navarro Sancho el Craso fuese a Medina Azahara para curarlo de una hidropesía, y estableció un puente cultural entre Al-andalus y Bizancio, trayéndose para Jaén las principales obras científicas conocidas. Era el *nasí*, el príncipe de las comunidades judaicas de Al-andalus, y protegió y animó a los primeros poetas judíos españoles. Hasday ibn Saprut tiene una calle dedicada en Jerusalén, donde es recordado como un egregio intelectual; y en Jaén, en su ciudad, es un desconocido, y su nombre no figura en el rótulo azul prusia del callejero.~~

En el compás del monasterio de Santa Clara, al lado de las columnas policromas mozárabes, salpimentadas de lunares carmesíes, percibimos la salmodia judía, la lectura rítmica de la Torá, el sonido apergaminado del desliar de los rollos donde estaba escrita la ley hebrea. Y la romería de Santa Catalina, es heredera del sentido judío de la fiesta, de los pasajes veterotestamentarios. En el libro segundo de Samuel, se nos narra cómo el rey David manda transportar el arca de la alianza a Jerusalén, yendo el monarca desnudo, ataviado tan sólo con un roquete de lino, danzando, dando cabriolas, trepolinas y bailoteando de alegría delante del arca que guardaba las tablas de los Diez Mandamientos, mientras los israelitas, en esa procesión, daban vitores al son de trompetas. Esa alegría es la que escenifican y viven nuestras corraídas de gloria, por eso la fiesta de Santa Catalina se ha enmarcado con la música de bandas de música o de cornetas y tambores. El batir de los

*Reminiscencia  
de la tradición  
judía*

a Juicio, testimoniando así la reunión de los habitantes de una ciudad para alabar al Señor por medio de una mujer alejandrina que murió por causa de Cristo.

Los judíos, con la harina de la primera cebada recolectada, hacían un pan sin levadura que comían en un rito de acción de gracias a Yahvé; quizá nuestros succulentos ochíos y hornazos tengan ahí sus orígenes, y sean una herencia hebrea. Además, los israelitas mataban un cordero para celebrar la Pascua, y por ello, también en la romería de Santa Catalina los jaeneros comen festivamente, un signo asimismo de la hospitalidad árabe y de los antañones convites de las primeras comunidades cristianas.

Dispersas en el cerro, arden fogatas con su fumata blanca olorosa a escamas y raspas. Las sardinas asadas son el santo y seña de la romería. El aire se aturulla de un olor a malecón, a subasta portuaria, a moragas en la bajamar, a cajas y capachos repletas de pescado, como si Jesús el Galileo hubiera hecho el milagro del pan y los peces en nuestro monte. Huele a la plaza de abastos, al antiguo mercado de San Francisco, el de los puestos con lajas de mármol vetado donde las sardinas eran vendidas liadas en papelones de periódico con la tinta corrida.

Todos los buenos y rancios olores del casco histórico de la ciudad triscan los peñascos hasta embalsarse en las explanadas del castillo. El amanecer del día de la romería está preñado de un aroma como si, al relente de la noche, al unísono, hubieran dejado abiertas las puertas de los almacenes El Pósito, del Bodegón y de la Pilarica, y el aire es una mixtura de nuez moscada, piñones, azafrán en hebra, café molido en molinillo, cacao y canela molida servida en cucuruchos de papel de estraza. Y si el día viene entrado en frío, con la hierba escarchada y los cuellos de los abrigo subidos, los jaeneros se frotan las manos con un ímpetu paleolítico, dándose calor, y al hablar, el vaho se condensa como si fuésemos locomotoras en vía muerta con una combustión de romero y espliego.

Para ser exactos con la etimología, peregrino es el que va a Compostela, palmero el que viaja a Jerusalén, y romero el que marcha a Roma. Así, la romería de Santa Catalina supone convertir el castillo en una nueva urbs romana, en la capital del imperio jaenciano. La festividad fue impulsada por los dominicos en el siglo XIV, y después, el ayuntamiento se sumó a la pomposa celebración durante las tres centurias siguientes. Y si en el XVIII la fiesta decayó, se amestizó como un mazo de lirios falto de agua, quedándose en unos actos para la magra guarnición militar del castillo, en el siglo XIX el pueblo de Jaén la revitaliza insuflándole un espíritu romántico que es el que ha llegado hasta nosotros. Las gentes jaeneras ascendían al desmochado alcázar a lomos de borrico o en el socorrido coche de San Fernando -unos ratitos a pie y otros andando-, y cantaban coplas de la inminente aceituna, raspando las botellas rizadas de anís con un cansino ritmo de chicharra. En el patio de armas del castillo se tomaba resuello tras la infernal paseata cuesta arriba, echándose al colete provisiones de boca para restablecerse. En 1876, el obispo Don Antolín Monescillo, consiguió que el Papa Pío Nono estableciera el 25 de Noviembre como día festivo y de precepto en Jaén. La romería libre no duró durante unas décadas hasta que en 1964, se funda la cofradía moderna, cobrando nuevos bríos la subida al cerro de los jiennenses. Ahí se demostró que la tradición lo era por derecho adquirido, no por otro decreto oficial, que sólo lo que el pueblo asume como propio se perpetúa.

El recuerdo del rey Fernando III el santo, quien introdujera en la ciudad el culto a Santa Catalina, se mantiene incólume cada 25 de Noviembre,

Sardinas

Diferentes  
Etapas  
en la  
romería

y  
festividad  
de Sta Catalina

Fundación de  
la Cofradía  
moderna

(40 años)



catedral: con gola, esclavina y corona, sosteniendo en la mano izquierda la bola del mundo, con la espada desenvainada y una capa larga de lana merina para estar al abrigo durante las heladas. Con la llegada a Jaén del rey santo, se completa el ciclo de la historia de las civilizaciones en nuestra ciudad, y la urbe se plagará de iglesias y conventos. Jaén, en el siglo XVI, será una de las cuarenta ciudades más importantes de Europa, y decenas de miles de peregrinos vendrán a adorar al Santo Rostro, divulgándose por todos los rincones europeos la buena imagen de Jaén. Los mudéjares, los árabes que convivían con los cristianos en armonía, tallan la techumbre del salón de recepciones del palacio del Condestable y el bellissimo artesonado de San Bartolomé, mi parroquia, y en su pila bautismal gótico mudéjar vidriada en verde, fui bautizado, enseñado y presentado al Cristo de la Expiración. Los judíos jaeneros, comerciando con la seda, logran que Jaén sea una ciudad próspera, levantándose casas solariegas, palacios y parroquias como nunca se habían visto por estos lares. Y los cristianos crearán multitud de cofradías laicales y de pasión, y se tallarán las imágenes antes las que hoy seguimos rezando y acompañando en las procesiones. Jaén universal, ciudad cosmopolita y tolerante, en la que todos somos iguales y todos diferentes.

Las casas, estos días, ya están recibiendo la encarnada visita de las flores de Pascua. El 25 de Noviembre, estaremos a un mes cabal en que nazca el Niño Dios, y ya mismo brotará en el cerro el musgo que recogeremos para el lecho del portal de Belén. Ya mismo se cantarán con morriña y saudade los villancicos jaeneros de zambomba y almirez, y como en el Barroco, el Niño Dios se nos mostrará como un triste y melancólico Niño de Pasión, con lágrimas aflorando en los ojos, coronado con un rosal sin rosas o cargando con una cruz, y el villancico andaluz cantará con desgarró:

*María, mira a tu Hijo  
y cúbrelo con tu manto,  
que esa carita no vea  
la noche del Jueves Santo.  
Envidia tiene la fuente del color  
de su carita divina.  
Estoy ya viendo en la frente de mi Dios  
una corona de espinas, qué dolor,  
qué dolor, una corona de espinas.*

Pero antes, habremos de subir al cerro, a nuestro monte Carmelo, ascendiendo por una etérea escalera de caracol, por una espiral que nos religue con la divinidad y con los que hicieron esta ciudad a golpe de cariño y dedicación. Ese día, el toldo del cielo será de color violeta, morado, como si hubieran estirado la noble enseña de Jaén atándola a los cuatro puntos cardinales. Desde allí, la ciudad durmiente la divisaremos tan cerca, tan lejos, imaginando su antiguo perfil de lagarto. Y ahora, este nazareno de paisano concluye no soplando su mermado cirio, porque no ha hecho una estación de penitencia, sino que termina con el recitativo de los israelitas en la noche de la Pascua, la misma en la que Cristo celebró su Última Cena: *desde ahora y por siempre Tú eres mi Dios, fuera de Ti no tenemos Rey alguno que redima y salve, que rescate y proteja, que alimente y se apiade en todo momento de nuestra angustia y aflicción. Tú eres Dios del principio y del fin, Señor de todas las generaciones.*

Y encomendándose a Santa Catalina para que por su nombre se congregate en el cerro los jaeneros, al amparo de la cruz victoriosa, en los violáceos estereos de Noviembre.